

La poco segura rueda.  
Exhórtale el confesor  
A la celestial carrera,  
Con que el misero paciente  
Muestra contrición inmensa;  
Y para mejor pasar  
El amargo trago, ruega  
Al carmelitano padre  
Le oiga de penitencia.  
Hizolo, y humildemente  
Postrado pecho por tierra,  
Recibió la absolución  
Porque le dé gloria eterna.  
Con ánimo valeroso  
Tomó la silla funesta,  
Adonde el fiero verdugo  
Le ligó brazos y piernas.  
Al dichoso desdichado  
Cubre de una banda negra  
Los ojos, y desenlaza  
Del cuello las blancas trenzas.  
Las altiveces mundanas  
Muestran su vana potencia,  
Ayer mandándolo todo,  
Y hoy á un verdugo sujetas.  
Pendientes estaban todos,  
La respiración suspensa,  
Hasta que la vil cuchilla  
Se vió de sangre cubierta.

(Códice del siglo XVII.)

## 1209.

DE CÓMO MURIÓ DON RODRIGO CALDERÓN EN EL PATÍBULO.—X.

(Anónimo.)

A veinte y uno de octubre,  
Las diez, poco mas ó ménos,  
Sacan al triste Marques  
Todo de luto cubierto.  
Sale de su misma casa,  
Y de un angosto aposento,  
Que primero fué gran sala  
De aplauso y recibimiento.  
No va en jaces bordados,  
Ni en caballo, como es cierto,  
Sino ensillada una mula,  
Como justiciado y reo;  
No acompañado de pajes,  
Ni ménos de alabarderos,  
Sino de padres devotos  
Que le adiestran para el cielo;  
No campanillas de plata  
Lleva en el bozal y el freno;  
Si Cristos, y campanillas  
Con que se entierran los reos.  
Sesenta y mas alguaciles  
Van en su acompañamiento,  
Todos en fuertes caballos,  
Con otros tantos porteros.  
Los pregoneros delante  
Pregonan y van diciendo:  
— Esta es la justicia, dicen,  
Esto es del Rey mandamiento,  
Que manda hacer á este hombre.—  
¡Ay tragedia! Ay caso horrendo!  
Y las damas cortesanas  
Muestran grande sentimiento:  
Unas dicen:— Dios te ayude,  
Rodrigo, y dé sacro asiento.—  
Otras, viendo su humildad,  
Dicen:— Dios te lleve al cielo.—  
No entra en la escaramuza,  
Como solia algun tiempo;  
Solo sube cinco pasos  
De un cadahalso funesto,  
Y al postremo escalon  
Es bien que al recibimiento

Le salga el verdugo, pues  
Ha de hacer su oficio presto,  
Con cinco padres devotos  
De la órden del Carmelo;  
Y desviando el capuz,  
Sacado un papel del pecho,  
Dándole sus propias manos  
Al confesor de sus yerros  
Le dijo:— Padre mio,  
Lo que le suplico y ruego,  
Que en estando yo sin vida  
Que me desengañe al pueblo:  
Que la muerte de la Reina  
Cierto es que no la debo.—  
Humilde abrazó al verdugo,  
Por dar de humildad ejemplo,  
Y en atar los piés y manos  
Andó el verdugo lijero.  
— Atad, amigo, le dice,  
Las manos, que sueltas fueron  
A manchar mi propia sangre:  
Manchad vos con ella el suelo.—  
Y teniendo ya los ojos  
Cubiertos de un velo negro,  
Al Crucifijo le dijo  
En voz baja estos requiebros:  
— ¡Alto Dios y Señor mio!  
¡Oh alto Dios y Señor nuestro!  
Yo soy la oveja perdida  
Que por el despeñadero  
De los deleites del mundo  
Me despeñé; mas confieso  
Que sois Dios del cielo y tierra,  
Uno, Trino y Dios eterno,  
Y en vuestras manos, Señor,  
Mi espíritu os encomiendo.  
Llevad, Señor, á esta alma  
Con los santos en el cielo;  
Perdóname, Jesus mio,  
Jesus, Jesus, Jesus bueno.—  
Y en oyendo esto el verdugo  
Tiñó en sangre el fuerte acero.  
Unos dicen:— ¡Dios te ayude!  
Otros dicen:— ¡Credo, credo!  
No confie el mas subido  
En la torre de los vientos,  
Que aquel que mas presto sube  
Dan con él mas presto al suelo.

(Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderón, etc. Pliego suelto.)

## 1210.

DESCRÍBENSE LOS ÚLTIMOS MOMENTOS Y LA MUERTE  
DE DON RODRIGO CALDERÓN.—XI.

(Anónimo.)

Dicen varios religiosos  
De diferentes conventos,  
Que jamas morir á nadie  
Con mayor perfección vieron.  
Escuchad, sabréis el caso,  
Aunque como al tiempo llevo  
De dar el último golpe,  
Justamente me enternezco.  
Así como entró en la plaza  
Y del cadahalso al puerto  
Se apeó, sin que ninguno  
Le ayudase para ello;  
Subió la escalera toda  
Con grande valor y esfuerso,  
Y entrado que fué al cadalso  
Besó tres veces el suelo.  
Luego se reconcilió  
Con un padre recoleto  
Del órden carmelitano,  
Planta del monte Carmelo.  
Tendido de largo á largo,  
Echado todo de pechos,

Recibe la absolución  
A tanto favor atento.  
Al fin él se pone en pié,  
Y despues de haberse puesto,  
Dos veces besó al verdugo  
Que le amenaza sangriento.  
La venda, para vendarse  
Los ojos, se la dió él mesmo,  
En que metida la mano  
Dicen que la trujo al cuello.  
Y asentándose en la silla,  
El verdugo carnicero  
Le ata los piés y las manos,  
Y venda los ojos luego.  
El le ofrece la garganta,  
Que fué su ánimo inmenso,  
Y murió dejando al mundo  
Admirado y satisfecho.  
Todos tienen esperanza  
De que goza del eterno

Premio de los escogidos,  
Que es el premio verdadero.  
Que estaba predestinado  
Por este camino creo,  
Y que Dios llevarle quiso  
A su celestial consuelo.  
A la noche le enterraron  
Sin aparato funesto,  
Como á un ajusticiado  
De los humildes del pueblo.  
En los padres carmelitas  
Descalzos le dan entierro,  
En donde está acompañado  
De muchos gloriosos cuerpos.  
Téngale Dios en su gloria,  
Que de su piedad lo espero,  
Y á nosotros nos dé gracia  
Para que al fin la gocemos.

(Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderón, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES REFERENTES Á LAS CRÓNICAS Y TRADICIONES  
HISTÓRICAS DEL REINO DE NAVARRA.

## 1211.

BATALLA DE DON BELTRAN DE LA CUEVA CON UNA SIERPE,  
Y ORIGEN DE SU APELLIDO Y BLASON.

(De Don Francisco Navarrete y Montañés.)

En planto asaz amargoso  
Yacía la triste España,  
Con la sangre de sus hijos  
La ferrosura manchada.  
El leon rapante, ensiña  
De su lustror é sus armas,  
En el campo azul fallece  
Con postrimera cuartana.  
Las sandeces de Rodrigo,  
Que siempre es sandio quien ama,  
A tan lastimosa coita  
Su faz altanera abajan.  
De aquella maldita fembra  
Non la fuerza, la dexanza  
Del godo, los amorios  
Tornó en viles azagayas.  
¡Oh roin dueña torticera,  
Caloñosa, excomulgada,  
La pasión de un home solo  
A tantas pasiones cammas!  
¡Qué convusco el Rey liviano  
Fizo para tanta saña?  
¡A una humana fraqueza  
Prevenis fuerzas tamañas!  
Vueso tuerto no se enmienda:  
Quien no lo fizo lo paga:  
¡Si tolleis la vida al Rey,  
Finque el reino que es su alma!  
¡Dónde vas, péñola mia,  
Perdida y descarriada?  
Pero siempre al corazón  
Fuéron siguiendo las fablas.  
Derrocados sus castiellos,  
Sus fuerzas amancilladas,  
Menguado su poderío,  
Yan sin conhorto lineaba.  
En sus cuerpos lastimeros  
Tan mucha fué la matanza,  
Que era de un finado, otri  
Sotierro en pena tamaña.  
Yan de la morisca grey  
Los canes con fiera rabia,  
Ni á los plantas se mueven,  
Nin á las coitas se ablandan.  
Fuyen los que ménos pueden,

E en su fadigosa andanza  
Con mas presura á la muerte  
Se avvicinan sin buscalla.  
Las fraguras de los montes  
Conquieren por seguridad;  
Ca, cuando mengua en los homes,  
Piedad en las fieras hallan.  
Ya so el dominio agareno  
De finojos la homildanza  
Comprideras cerimonas  
Al cuerpo faz, non al alma.  
Empero allá en las Esturias  
E la invencible Navarra  
El uno gusan de seda  
E otri pajaron de Arabia,  
Pelayo é García acuciau  
Resocitar la mesnada;  
Erguidos en los escudos  
Les sostienen tres vegadas.  
Otras tres les gridan todos,  
E con virtud soberana  
Rey apellidan al uno,  
E ellos ciñen sus espadas.  
«Astas, astas», en los montes  
Con denuedo se escochaba:  
Magüer son finados muchos,  
Finca quien pobleque «astas»  
García, asaz coidoso,  
A la hacienda se apaña,  
E para el comenzamiento  
A Mossen Beltran acata.  
Era Beltran de alta guisa,  
Muchos algos, sangre clara,  
Con quien él partiera el reino  
Si deviso non mancara.  
— Beltran amigo, á tu rey  
En tantas coitas ampara;  
Acátale el corazón,  
Non te coides de su fabla;  
Yan atiendes la estrechura  
En que finca nuesa patria:  
¡Cuanta tristura nos cerca  
Cuánta brega nos aguarda!  
El pavor de nuestas gentes  
De las lides los aparta:  
Moradas facen los riscos,  
Fuyendo de sus moradas.  
Los foracos de Sobrarbe  
Encobridores atapan  
Muchos homes, que ayuntados



Servirán en la demanda.  
 Pesquirid con buen talante  
 Sus escondrijos y estancias,  
 Ca á hombre de tal valia  
 Le atañe aquesta fazaña.  
 Si despavoridos fincan  
 Tollidas las esperanzas,  
 Fablandosles tú, non dubdo  
 Que su mengua se desfaga.  
 Yan la morisma se acucia,  
 Non hay, si non, sus, viaja;  
 La Trenidat te defienda,  
 E vuelve con gran compañía.—  
 Al non fabló, é el cabdiello  
 Non repuso, porque basta  
 Por respondida en el noble  
 Facer lo qu'el Rey aplaza.  
 Cedo demanda el troton,  
 E cedo pide las armas.  
 E acucioso en la emprendida  
 Del mucho pracer non yanta.  
 Era el troton muy polido,  
 Apuesto é de buena traza,  
 Ca andaluzas praderias  
 Feno le dieron é agna.  
 Somo él se encima Beltran,  
 El se fuelga é se reengracia,  
 E bollicioso se engrie  
 Andando como que pára.  
 Yan de Sobrarbe en las cumbres  
 Otea las breñas altas;  
 Sus escondrijos penetra,  
 E su lobreguez acata.  
 ¡Santiago, é qué fiera sierpe,  
 E qué tremenda alimaña  
 Los pasos é los desiños  
 Le detiene é le embaraza!  
 ¡Qué bofido dió el troton!  
 ¡Qué silbo la fiera brava!  
 ¡Cuántos árboles derrueca  
 Con solo una coletada!  
 Sospenso quedó Beltran,  
 Non pavoroso, nin bastan  
 Para que pavor mantenga  
 Todos los tigres de Hircania.  
 Yan se estremece la fiera,  
 E de sus prietas escamas  
 Montañas erguidas face,  
 E de fumo otras montañas.  
 A la presa se avecina,  
 E con la cola enroscada  
 E la boca escomunal,  
 Mientra non fiere, amenaza.  
 Beltran asaz denodado  
 De la brega non se aparta,  
 E ella desmontando el bosque  
 Previen coso á la batalla.  
 Los sus ojos en el cielo  
 Donde finca su esperanza,  
 Fuerte la mano en el freno,  
 Sotil el caballo manda.  
 Cosetea á un lado e otri,  
 Fiere la con gran pojanza,  
 E entre sus escamas duras  
 La enclavija tres lanzadas.  
 ¡Qué rogidos tan horribles!  
 ¡Qu'espantable é fiera rabia!  
 Pavorido el monte gime;  
 Empero Beltran non falta.  
 Erguido el cuello le busca,  
 E viendo que non lo falla,  
 Fincando sus engañifas  
 Asazmente castigadas,  
 Ayunta cabeza é cola,  
 E al azote que descarga,  
 Non encontrando á Beltran,  
 Un pedernal face rajás.  
 Vuelve á lisiarla el cabdiello;  
 E somo ella se encarama,

E mientra mas la pesquiere,  
 Mas cedo se desenlaza.  
 Entríbese en un peñasco,  
 Dende él fiero se desgaja;  
 La lanza le faz añicos  
 E el caballo despatarra.  
 De su valor sostenido  
 De peon en la campaña,  
 Mal ferido é acosado  
 Se mantiene en la demanda.  
 De sangre é sudor cobierto  
 Riepta su mucha tardanza,  
 E con sopitez embiste  
 Por dar fin á la batalla.  
 Por la sú boca voraz  
 El duro estoque le ensarta,  
 Faciéndole con la punta  
 Otra boca en las espaldas.  
 Rompe é quebranta el acero,  
 Por el aire se levanta,  
 Al suelo veneno escupe,  
 Al cielo fuego esparrama.  
 Con el postrimer bramido  
 Mortal su cueva demanda;  
 Ca aun las alimañas quieren  
 Finar en su propia casa.  
 Siguela el garzon soberbio,  
 Sin lanza, troton ni espada,  
 E entre sus brazos la afoga,  
 De lidiar con mayor ansia.  
 Al tronco de un robre afierra  
 Por si arroja la montaña  
 Mas leones que espachurre,  
 Y mas sierpes que desfaga.  
 A los silbos é las voces,  
 Con mayor pavor que saña,  
 Salieron á las fraguras  
 Los homes que se ocultaban.  
 Con ellos tornó Beltran,  
 E del Rey en la acatanza  
 Conhortándoles valiente  
 Todo el soceso le narra.  
 — La vuesa merced, el Rey,  
 Que los homes le ayuntara  
 Me mandó, fieras é homes  
 Pesquiere, ved la fazaña.  
 Non coides de mis feridas,  
 Que como á vos os ataña,  
 Sangre que en las venas finca  
 Toda es vuesa, derramada.—  
 Vió la sangre el Emperante,  
 E cobdicioso la apaña;  
 Que el ayuntarse con ella  
 Fué la prez de los monarcas.  
 La mano en ella homedece,  
 Por el pecho se la pasa,  
 E dice:— Beltran amigo,  
 Esas serán vuestras armas<sup>2</sup>:  
 Los vuestos blasones rojos,  
 Esa cueva é alimaña,  
 Pavor serán de enemigos,  
 Serán el honor de España.  
 Tomad solaz, gran cabdiello,  
 Que viviendo vos non manca  
 Armas nin guerreros que  
 Puedan restaurar la patria.

(Romance que pinta la batalla, etc. Pliego suelto.)

<sup>1</sup> Es este romance una afectada imitación del lenguaje antiguo.

<sup>2</sup> Mojada la mano en sangre y pasados los dedos por el pecho del héroe, debió dejar impresas unas líneas, que pueden semejarse á las barras del escudo de Navarra. Cuéntase, que importunado nuestro buen Carlos III por los oficiales de Secretaría, para que les diese uniforme y designase su bordado, se mojó los dedos en tinta y los señaló cruzando las líneas diagonalmente sobre un papel, diciendo á los importunos, que aquel fuese el diseño del bordado en el uniforme. Quizá este cuento fué tomado y convertido en sátira del hecho atribuido á Don García de Navarra con Don Beltran de la Cueva.

1212.

NACIMIENTO Y CRIANZA DEL REY DON SANCHE ABARCA.—ORÍGEN DEL SOBRENOMBRE ABARCA, Y DEL APELLIDO LADRON DE GUEVARA.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Por los mas espesos montes  
 Y lugares de Navarra,  
 Ese rey Don García Iñiguez  
 Con su ejército pasaba,  
 Y la reina su mujer,  
 Que llamaban Doña Urraca,  
 Que iba en dias de parir,  
 Con su preñez muy pesada,  
 No llevando aquel aviso  
 Qu'el tiempo les obligaba.  
 Salen de traves los moros  
 Que estaban en la celada.  
 El Rey no pudo excusar  
 De haber con ellos batalla:  
 Los moros matan al Rey  
 Y á la reina Doña Urraca,  
 La cual no pudo huir  
 Por estar ya tan preñada.  
 Diérale un perro moro  
 En el vientre una lanzada,  
 Y en el monte de Ainar  
 La triste Reina quedaba.  
 Ya que los moros son idos,  
 La gente muerta y robada,  
 Un caballero del Rey  
 Que se llamaba Guevara,  
 Viniedo por aquel monte,  
 Do la Reina muerta estaba,  
 Vióla estar toda desnuda,  
 Y conocióla en la cara.  
 Con dolorosos gemidos  
 A la Reina se allegara,  
 Y vió la mano del niño  
 Salida por la lanzada,  
 Que pugnando por nacer  
 Naturaleza esforzaba;  
 Sintiendo su madre muerta,  
 Por salir se trabajaba.  
 El caballero que siente  
 Qu'el Infante vivo estaba,  
 Abrió el vientre de la madre  
 Y el niño vivo sacara,  
 El cual envuelto en sus paños  
 A su casa lo llevara;  
 Y tomó buenos testigos  
 Del caso, cómo pasara,  
 Para probar la verdad  
 Cuando su tiempo llegara.  
 Haciéndole baptizar,  
 Don Sancho Garcés le llama:  
 Lo mas secreto que pudo  
 A su mujer lo encargara.  
 Cuando el niño fué crecido,  
 Que ya grandecillo estaba,  
 El ayo le trae vestido  
 De vestidura muy basta,  
 Y en lugar de los zapatos  
 Con abarcas le calzaba,  
 Por no dar á conocer  
 El gran leon que criaba.  
 Al cabo de algunos años  
 Que el reino sin rey estaba,  
 Juntanse los de Aragon  
 En esa ciudad de Jaca,  
 Para elegir nuevo rey.  
 Pues sucesor no se halla.  
 Sabiéndolo el caballero  
 Con el Infante cabalga,  
 Que tenia ya quince años,  
 Y viénese para Jaca;  
 El cual traía vestido  
 Con abarcas y zamarra,  
 En hábito pastoril

Como siempre se criara.  
 Dice á los aragoneses  
 Que aquel es su rey sin falta:  
 Presenta allí los testigos,  
 Hácese buena probanza;  
 Luego le eligen por rey,  
 Grande fiesta comenzaba.  
 Por razon de las abarcas  
 Llamáronle rey Abarca,  
 Y á su ayo el caballero  
 Que se llamaba Guevara,  
 Llamáronle Don Ladron  
 Porque tan bien lo hurtara,  
 Y hácenle mucha honra  
 Porque su rey les criara:  
 De allí vienen los Ladrones  
 Tan nobles en nuestra España.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—It. Wolf, *Rosa de romances*, pág. 44.)

<sup>1</sup> Supone la tradición en varios romances que Sancho Abarca murió á manos del conde Fernán González, y á esto atribuyen el odio que nació entre las familias de ambos, y que despues fué causa de persecuciones y guerras entre Navarra, Leon y Castilla.

1213.

ORÍGEN DEL SOBRENOMBRE ABARCA DADO AL REY PRIMERO DE NAVARRA, DON SANCHE.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

No reinaba rey ninguno  
 En Navarra, ese reinado;  
 Los moros entran en él,  
 Todo el reino han estragado:  
 En los montes Pirineos  
 Un hidalgo habia honrado,  
 Fuerte y áspero en la lid,  
 Don Iñigo se ha llamado,  
 Y por sobrenombre Ariesta,  
 Que nota ser esforzado.  
 A los llanos de Navarra  
 De los montes ha bajado;  
 Muchas batallas de moros  
 Iñigo les ha ganado,  
 Y por los sus buenos hechos  
 De Navarra es rey llamado.  
 Un hijo hobiera el Rey,  
 Don García era nombrado:  
 También fué rey de Navarra;  
 Hombre era mucho estimado,  
 Muy ardido en las batallas,  
 En armas muy señalado.  
 Casóse con Doña Urraca,  
 De reyes se ha procreado:  
 Despues de muerto su padre  
 El reino habia heredado.  
 Estando en una su aldea,  
 De traicion no se guardando,  
 Dieron sobre él muchos moros;  
 La muerte le habian dado,  
 Y la Reina su mujer  
 Mal herida habia quedado:  
 Diéronle por medio el vientre,  
 Por muerta la habian dejado.  
 Los cristianos vienen luego,  
 Los moros huyen del campo.  
 Hallaron muerto á su Rey,  
 Y la Reina en ese paso:  
 La Reina estaba preñada,  
 Poco falta para el parto;  
 Por el golpe que le dieron  
 El niño mostraba el brazo.  
 Plugo á Dios que vivo sale:  
 Las amas lo habian tomado;  
 La Reina finara luego,  
 A él han puesto á recado;  
 Llamóse Sancho García,  
 Un hidalgo lo ha criado,



Hombre de muy alta guisa,  
De su padre muy amado.  
Muy bien criara al Infante,  
Crianza buena le ha dado;  
Salió muy ardido y bueno,  
Muy franco y muy esforzado.  
Tomó el reino de Navarra  
Que su padre habia dejado;  
Casóse con Doña Toda,  
De linaje sublimado.  
Sobre Pamplona, esa villa,  
Múchos moros han llegado:  
El Rey salia de Cantabria,  
Y á Roncesvalles llegado,  
Las nieves habia crecidas,  
Al Rey ponen gran embargo:  
Hizo abarcas de los cueros  
Para sí y á sus vasallos.  
No podia de otro modo  
Socorrer á los cristianos;  
Porque las nieves son muchas,  
No aprovechan los zapatos.  
Pasó los puertos de noche,  
A los moros ha llegado;  
Firiólos á sobre viento,  
De muertos cubria el campo:  
Ganó gran tierra á los moros,  
Gran temor le habian cobrado:  
Llamóse Don Sancho Abarca  
Por ponerse tal calzado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

## 1214.

CONSEJOS DADOS POR EL AYO QUE LE CRIÓ AL REY  
DON SANCHO ABARCA.

(Anónimo.)

— Señor rey Don Sancho Abarca,  
Agora que sois de edad  
Oid lo que me mandaron  
Que vos dijese, y notad,  
Los que del cielo reciben  
Mercedes de mas caudal,  
A facer mas de su parte  
Mas obligados están.  
Los moros que vuestro padre  
Mataron tan sin piedad,  
En celada lo cogieron  
Pasando por Valdeñar.  
Desque fugieron los suyos,  
Esos Dios los juzgará,  
A lanzadas le mataron  
Pasando por Valdeñar.  
Vuestra madre Doña Urraca,  
De quien Dios faya piedad,  
En el cuerpo vos tenia  
Cuando murió por gran mal.  
Por las heridas vos dabais  
De querer nacer señal:  
Mostrábades un bracio,  
Vilo yo que iba á pasar  
Con algunos mis vasallos  
En remedio de aquel mal.  
Apéme del caballo,  
Metí mano á mi puñal:  
Fincárame de hinojos,  
Y con piadosa crueldad  
Ensanchara la ferida  
Para haberos de sacar.  
Saquévos envuelto en sangre,  
Mas libre y sin ningún mal,  
Y encomendando el secreto  
Tornámos á cabalgar.  
Hoy hace justos dos años  
Que en este mismo lugar  
Los fidalgos y homes buenos  
Rey se juntaron á alzar.

Súpelo yo donde estaba  
Y adonde os tenia á criar,  
Y con abarcas calzadas,  
De que hoy Abarca os llamais,  
Os puse en medio las Cortes,  
Y faciéndolas parar,  
Descubri las maravillas,  
Cuanto pude la verdad.  
Desque me creyeron todos  
Diéronvos el ceiro real,  
Y á mí el nombre de Ladron  
Por mi furto autorizar.  
Por tanto, buen hijo nuestro,  
Que otros padres non fallais,  
Cuidá por el bien de todos  
Y sustentadnos en paz.  
A las viudas socorred,  
Las huérfanas amparad,  
Non echeis mas pecho al pueblo  
De lo que puede llevar.  
Cumplido he mi pleitesia,  
A la paz de Dios lincad.—

(Romancero general.)

## 1215.

MILAGRO DE SAN ANTOLIN CON DON SANCHO EL MAYOR,  
REY DE NAVARRA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

A caza salió Don Sancho,  
Rey que en Castilla reinaba;  
Allí donde es hoy Palencia  
Una gran cueva hallaba,  
Y dentro de aquella cueva  
Un altar antiguo estaba  
A honor de San Antolin;  
Otro tiempo en él se honraba:  
Junto á él estaba un puercu  
De catadura muy brava.  
En el sagrado lugar  
Matarlo el Rey acordaba:  
Alzó el brazo para darle,  
El brazo se le secaba:  
El buen Rey muy afligido  
Devota oracion rezaba;  
En ella rogaba á Dios  
De sobre él quite su saña:  
Tomaba por su abogado  
Al Santo que ya nombrara:  
Por los ruegos del buen mártir  
Dios al Rey sano tornaba.  
Allí do estaba la cueva  
A Palencia la fundara,  
Y encima de aquella ermita  
Un gran templo edificaba:  
El Rey le dió muy gran renta,  
Con que bien se sustentaba:  
Puso en ella su arzobispo,  
Y catedral se llamaba.  
Hizo Dios este milagro  
Por darnos muestra muy clara,  
Que quiere que á los sus templos  
Gran reverencia se haga.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

## 1216.

LOS INFANTES DE NAVARRA ACUSAN DE TRACION Á SU MADRE,  
Y RAMIRO, BASTARDO DEL REY, LA DEFIENDE.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En Castilla y en Navarra  
Don Sancho el Mayor reinaba:  
Muy guerrero es y valiente,  
Que los moros quebrantaba,  
Grandes batallas les vence,  
Muchos d'ellos captivaba;

Sus reinos mantuvo en paz,  
Ninguno se lo estorbaba.  
El buen Rey tiene un caballo  
Que mucho le estimaba;  
Muy crecido es y hermoso,  
Cumplido, de buena maña,  
Tanto, que yendo sobre él,  
Peligro no recelaba.  
De Nájera partió el Rey;  
Su caballo encomendaba  
A la Reina su mujer,  
Que lo tenga en buena guarda.  
El Rey tenia dos hijos,  
Fernando y García se llaman:  
El mayor, que es Don García,  
A la Reina suplicaba  
Qu'este caballo le diese;  
En ello mucho afincaba.  
Prometióselo la Reina,  
Que á este hijo mucho amaba.  
Un caballero del Rey  
A la Reina aconsejaba  
Que no le diese el caballo  
Que el Rey tanto preciaba,  
Que su gracia iba á perder,  
Y la su ira cobraba.  
La Reina con gran temor  
La promesa revocaba.  
Gran saña cobró García,  
D'ella cobraba gran saña:  
Fuése para el Rey su padre,  
De su madre mal hablaba:  
Dijo que es gran alevosa,  
Y que traicion le armaba,  
Y que esto lo probaria:  
Con su hermano lo probaba.  
Creyó el Rey á Don García  
Aquesto que le contaba:  
Mandó prender á la Reina;  
En prision fuerte la echaba.  
Para esto determinar  
A Cortes el Rey llamaba:  
En las Cortes determinan  
Que la Reina se haga salva,  
Y que diese un caballero  
Que haga por ella batalla  
Con los dos hijos del Rey,  
Y á no darlo, sea quemada.  
En la corte no hay ninguno  
Que emprenda la tal hazaña,  
Porque son hijos del Rey  
Y bravos en la batalla.  
Don Ramiro, que es bastardo,  
Hecho en una barragana,  
Es caballero hermoso,  
De quien mucho se fiaba.  
Fuése ante el Rey su padre  
Y grandes de su mesnada,  
Y dijole lidiaria  
Con ambos, y hará batalla  
Sobre traicion que á la Reina  
A tuerto le es levantada.  
El Rey recibió su gaje,  
La batalla concertaba.  
García, que el mal urdiera,  
Su pecado confesaba  
A un hombre religioso  
Que al buen Rey confesaba,  
El cual descubriera al Rey  
La falsedad atamaña.  
Don Sancho, cuando lo supo,  
D'ello gran placer cobraba:  
Fuera donde está la Reina,  
Y perdon le demandaba.  
Sacóla de la prision:  
Su gran bondad alababa:  
A Don Ramiro el bastardo  
La Reina mucho preciaba:  
Maldijo á sus dos hijos;

Al bastardo le loaba:  
El su reino de Aragon  
A Ramiro se lo daba.  
Recibió d'ella la corona,  
Y por rey se intitulaba.  
Las gentes todas le loan,  
Bendiciones le echaban  
Porque libró á la Reina  
De lo que fuera acusada  
Por sus dos hijos nombrados,  
Y el bastardo la libraba.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

† Sancho III ó el Mayor, rey de Navarra y, por su mujer, de Ribagorza y Aragon, conquistó el condado de Castilla. A su muerte se dividieron los reinos, tocando el de Aragon á Ramiro I. Fué hermano de Fernando I de Castilla, y murió en una batalla que dió para despojarle de sus estados. A este Ramiro I es á quien se le llama Bastardo, por unos y por otros, nacido de una mujer plebeya, ó de nacimiento desigual.

## 1217.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Un hijo del rey Don Sancho,  
Que llamaban Don García,  
Pidió á su madre un caballo  
Qu'el Rey en mucho tenia.  
La Reina, con buen consejo,  
Dijo que no le placia.  
Don García, muy sañudo,  
A su hermano le decia:  
—Acusemos á la Reina  
Que al Rey hace alevosia  
Con un camarero suyo,  
Por quien tan mal nos queria.—  
Don Fernando fué contento:  
Fuése al Rey con Don García,  
Dijeron cómo la Reina  
Alevosia le hacia  
Con su amado camarero,  
Por quien ella se regia.  
Y que ellos lo manternán,  
Pues la verdad se decia.  
El Rey, oyendo á sus hijos,  
Por cierto dado lo habia:  
A la Reina hizo prender  
Y al camarero en la cija,  
Por si habria caballero  
Que tomase esta conquista  
En defender á la Reina,  
Si en algo drecho tenia;  
Mas no hubo caballero  
Que aventurase la vida,  
Ni pusiese su persona  
Contra la de Don García.  
Venido el dia del plazo,  
La Reina sacan vestida  
Con largas ropas de luto:  
Gran fuego se apercibia.  
Lloran dueñas y doncellas,  
Cuantos en la corte habia,  
Maldiciendo á los Infantes  
Y á quien tal cosa movia.  
Puesta ya en el cadabalso,  
Un caballero venia,  
El cual era Don Ramiro,  
Mozo de gran osadia,  
Hijo bastardo del Rey,  
Que nadie le conocia.  
Este reptó á los Infantes,  
Y dijo como mentia  
El que tal cosa dijese,  
Y qu'él lo defenderia.  
A grandes voces los llama  
Que vengan á la conquista,  
El uno ó entrambos juntos,  
Porque en nada se osma.



Que en ser comb son traidores  
Gran ánimo le ponía,  
Y que tiene confianza  
De vencer en aquel día,  
O se desdirán en campo  
De maldad tan conocida.  
Cuando los Infantes vieron  
Qu'el caballero decía  
Que habían dicho maldad  
De quien culpa no tenía.  
Demandaron tiempo al Rey  
De lo que responderían.  
Fuéronse á un monesterio  
De monjes de santa vida:  
Descubrieron su maldad,  
Diciendo que ellos mentían,  
Y que la Reina era buena,  
Y que perdon le pedían.  
Cuando lo supiera el Rey,  
Tomó muy grande alegría,  
Que amaba mucho á la Reina,  
Y en extremo la quería.  
Mandóla luego traer  
Con muy gran caballería.  
Quiso saber luego el Rey  
Qué caballero sería  
El que defendió la Reina  
De tan gran alevosía  
Como le habían levantado  
Don Fernando y Don García.  
Don Ramiro se descubre  
Ante la caballería,  
Que como venía armado,  
No sabían quién sería.  
Besó las manos al Rey,  
Y á la Reina se arrodilla.  
Al Rey habló en alta voz,  
D'esta manera decía:  
—El que deshonra á su padre  
Ved qué suerte merecía;  
Y el buen hijo que le honra  
Cuánto el padre le debía.—  
Respondió luego la Reina,  
D'esta suerte proseguía:  
—Desheredo yo á mis hijos  
De aquello que dar podía,  
Y heredo á Don Ramiro,  
Pues tan bien lo merecía;  
Pues como hijo verdadero  
Reparó la honra mía.  
Dóile el reino de Aragon  
Para despues de mi vida.—  
Luego el Rey hizo lo mismo,  
Porque mucho le quería.  
Así fué rey Don Ramiro,  
Por su bondad y valía,  
De los reinos de Aragon,  
Dónde mucho le querían.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. WOLF, *Rosa de romances*.)

<sup>4</sup> Romance reimpresso por el señor Wolf, que parece de Timoneda. Es muy inferior al que le precede, atribuido á Sepúlveda.

4218.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva<sup>4</sup>.)

Vuelto que fué el rey Don Sancho,  
Qu'el Tembloso se llamaba,  
De conquistar á los moros  
Que tenían opresa á España,  
Volvió rico y victorioso  
De la sangrienta batalla:  
La fortuna rigurosa  
Que á los mortales contrasta,  
Y jamas su veloz rueda  
En un lugar lijo para,

Este subido contento  
Del Rey, esta hourosa palma  
Que ganó en vencer los moros,  
Mezcló con dolor é infamia.  
Y fué que luego que vino  
De su próspera jornada,  
Don García y Don Fernando,  
Sus dos hijos, que dejaba  
Para consolar su madre,  
Que por su ausencia quedaba  
Deshecha en ardiente llanto,  
Afligida y lastimada;  
Los cuales, siendo movidos  
Por una causa liviana  
Que no quiso concedelles  
La Reina, del Rey mandada,  
Conjurados contra ella,  
Una horrible maldad tratan,  
Contra el amor que los hijos  
Deben al padre, y Dios manda.  
De todo aquesto olvidados,  
Ciegos de ciega ignorancia,  
Luego que el Rey fué presente  
Tratan su traicion infanda  
Contra la Reina su madre,  
Que libre y sin culpa estaba  
De la falsa acusacion  
Que los hijos le acusaban  
Ante el Rey, d'ella diciendo.  
Qu'era adúltera, y que estaba  
El adúltero con ella,  
Y vivía dentro en su casa,  
Pues era su mayordomo  
El que á todos afrentaba.  
Esto decía Don García,  
Don Fernando lo afirmaba,  
Persuadido del hermano  
Para el hecho que intentaba  
De dar á la madre muerte  
Sin haber razon ni causa.  
El Rey se admira y se turba,  
Tiembla, no habla palabra,  
Esfuérzase y va á hablalles,  
Y en queriendo hablar, se para.  
Torna á revolver sobre ellos,  
Suspira, llora y exclama;  
Tienta un modo, y tienta otro,  
Duda sin saber qué haga:  
Suspense está y admirado  
De ver cosa tan extraña:  
No sabe si crea á sus hijos,  
Ni si absuelva á la culpada  
Conociendo sus costumbres  
Y su vida honesta y santa,  
Su continua caridad,  
Sus ayunos, sus plegarias;  
Que consideradas bien  
Todas estas circunstancias.  
Le ponen en confusion,  
Le suspenden y embarazan  
De tal suerte, que perplejo  
No sabe á qué parte vaya,  
Si á creer á los que acusan,  
Si á perdonar la acusada.  
Admirale que los hijos  
Contra la madre demandan:  
Dale sospecha y temor,  
Y creyéndoles, dudaba.  
En estas dificultades,  
Viendo la duda en que estaba,  
Manda que prendan los hijos  
Hasta ver la verdad clara.  
Puso á la Reina en prisiones  
Con grandes guardas guardada,  
En Nájera, en una fuerza:  
Para hacer la probanza  
Señaló luego los jueces  
Que por él sigan la causa;  
Hácese parte en aquesto,

Y justicia les demanda:  
Sométese á su sentencia,  
Y á su justicia lo encarga.  
Los jueces conmovidos  
De una causa tan pesada,  
Comienzan su informacion  
Con gran cuenta y vigilancia.  
Inquieren por todas vias;  
Prenden á unos, á otros llaman;  
A unos piden por apremio,  
A otros ruegan y halagan.  
Con grande solicitud  
Los jueces procuraban  
Mas testigos que los hijos,  
Y como ninguno hallan  
Mas que los hijos, no saben  
En tal confusion qué hagan,  
Porque son calificados  
Y hijos los que juraban,  
Y no hallando descargo  
De la Reina, sentenciaban  
Que como adúltera muera  
Al vivo fuego entregada,  
Si no hubiese caballero  
Que sustente con la espada  
Contra los acusadores  
No deber la Reina nada;  
Y que si lo hubiere, sea  
La Reina del crimen salva,  
Con qu'el que saliere mate  
A los dos en estacada.  
Notifican á la Reina  
La sentencia pronunciada;  
Consíentela, convencida  
De aquella acusacion falsa,  
No debiendo su inocencia  
La muerte á qu'es condenada:  
Y así, triste y temerosa,  
El fin duro y triste aguarda  
Sin tener otro consuelo  
Sino entender que está salva.  
Don Ramiro, habiendo oido  
Que la Reina es condenada,  
Como noble caballero,  
Viendo ser maldad probada,  
Y como hijo del Rey,  
De quien la Reina es madrastra,  
Lastimado de tal hecho  
Se pone, y dice en voz alta:  
—Yo respondo por la Reina,  
Y digo qu'es sentenciada

Falsamente, y que á sus hijos  
Sustentaré con la espada  
Que no es verdad lo que dicen  
De su madre, en esta causa;  
Y así me señalo en ella,  
Y les aplazo batalla,  
Do les haré conocer  
Ser la Reina en esto salva,  
Y ellos ser los alevosos,  
Y ella sin culpa culpada.—  
Esto dijo Don Ramiro,  
Y al punto se fué y se arma.  
Vánselo á notificar  
Luego á los dos que acusaban,  
Que sustenten lo que han dicho  
Con el que los reta y llama  
De falsos acusadores,  
Y que ya en el campo aguarda.  
Dieron los dos por respuesta,  
Recelando tal hazaña,  
Que no es bien contra su hermano  
En campo tomar las armas.  
D'esta respuesta entendieron  
Qu'era falsa su demanda,  
Y así entró luego por medio  
Un monje santo qu'estaba  
Allí en Nájera, y dió orden  
Que la lid fuese estorbada,  
Y que los hijos viniesen  
Do la madre el fin aguarda,  
Y le pidiesen perdon;  
Lo cual hecho al punto, manda  
La Reina que Don Ramiro,  
Por empresa tan honrada,  
Fuese conde de Aragon,  
Y toda su parte dada,  
Desheredando á los hijos,  
Porque d'ellos fué acusada.

(CUEVA, *Coro Febco*.)

<sup>4</sup> En los tiempos caballerescos debió repetirse frecuentemente la situación que se cuenta en este romance. Apenas hay un libro de caballería, apenas un poema de este género, donde no se halle alguna dama falsamente acusada de adulterio y defendida por caballeros leales. En las *Guerras de Granada*, de Perez de Hita, se ve la Sultana acusada por los Cegries y libertada por cuatro cristianos de los mas famosos jefes del campo de los Reyes Católicos; el Ariosto en su *Orlando*, Voltaire en su *Doncella de Orleans*, y hasta el ascético autor de la *Vida de santa Genoveva*, se aprovechan de esta situación sentimental, tomada de las tradiciones feudales. Con estos recuerdos y bellos modelos bien pudiera Juan de la Cueva haber hecho un romance mas caliente y de mejor gusto que el que hizo.

## SECCION DE ROMANCES REFERENTES Á LAS CRÓNICAS Y TRADICIONES HISTÓRICAS DEL REINO DE ARAGON.

4219.

ELECCION DE RAMIRO EL MONJE PARA REY DE ARAGON.

(Anónimo<sup>4</sup>.)

Navarros y aragoneses  
Grandes debates tenían  
Porque rey les ha faltado  
Y muchos serlo querían.  
Précianse de ser leales  
Y en ello no consentían,  
Que no quieren tomar rey  
Sino al que lo merecía,  
Y que fuese de la sangre  
Que de reyes descendía.  
Monje era Don Ramiro,  
Santo y de muy buena vida,  
Hermano del rey Alfonso,

Que ya difunto yacía.  
Sácanlo del monasterio,  
Aunque á él no le placía:  
A Huesca lo habían llevado,  
Por rey alzado lo habían.  
Fué venturoso en batallas,  
Ninguna d'ellas perdía,  
Fué de los suyos amado,  
Con ellos su haber partía.  
En la batalla primera  
Que con los moros había,  
Sus caballeros le armaron  
De fresca y fuerte loriga.  
Cabalgara en su caballo,  
El escudo le ponían  
En el su brazo siniestro,  
Y la espada sin vaina